

Los Arboricidas son Refugiados

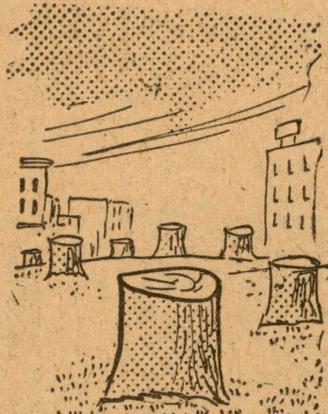
REFUTADOS

por Sebastián Salazar Bondy

El señor Alcalde, don Héctor García Ribeyro, en una extensa carta publicada en esta misma página, justificó hace unos días la decapitación de árboles que se viene haciendo en algunos parques de Lima, especialmente en el de la Exposición. Aludió, para rebatir una nota de este cronista sobre la absurda poda que deja convertidos en tristes estacas los ficus de las plazas y jardines limeños, al "consejo técnico" que al respecto le brindaba el Ministerio de Agricultura, e hizo mención de las infecciones y enfermedades que afectaban a raíces, ramas y troncos de las víctimas de tan cruel tratamiento botánico. Algunas voces —la de Benjamín Núñez Bravo, la de Francisco Ruiz Alarco, la de Emilio Delboy— y la protesta silenciosa de la mayoría de las gentes que aman esa escasa cuota de naturaleza de que goza la ciudad, se han levantado, con argumentos o sentimientos, contra la circunstancial explicación del jefe de la comuna.

Ruiz Alarco, en una entrevista publicada en un diario local, ha dicho algo muy concreto, que difícilmente contestarán los "técnicos" que respaldan el arboricidio del Municipio limeño. Otra es la época de "reposo" arbóreo conveniente a la poda y, además, dicha poda, tal como se ejecuta, no es, de ningún modo, benéfica. "La forma como se han practicado los cortes ha dejado unas heridas —afirma el conocido especialista— a las que quema el sol resquebrajando el leño y aumentando así el contacto de la parte interna de la planta con las infecciones que existen en el ambiente. Si los que estos daños hacen superan que las infecciones en los árboles demoran de diez a veinte años en producir la desorganización de la planta, por efecto de estas heridas, decretando su sorpresiva caída, entonces no apelarían a esta tala funesta porque no hacen sino preparar nuevas caídas y nuevos males". Las palabras de Ruiz Alarco confirman las instituciones de todos los observadores bisoños: no puede ser bueno un arrasamiento tan brutal como el que los operarios enviados por la comuna local e-

jecitan actualmente en el Parque de la Exposición, donde el trabajo no es eliminar ramas superfluas sino cortar por la mitad del tallo los octogenarios ficus que adornan ese oasis urbano. Núñez Bravo, por su parte, ha recordado cómo Castilla y Extremadura, conocidas como estepas, fueron antaño bosques que intereses y guerras convirtieron en extensiones sin un solo matiz ver-



de. ¿Se pretenderá —uno se siente tentado de inquirir— que desaparezcan todos los vestigios del que fuera, conforme los fundadores lo describen, el vergel del valle del Rímac? No es posible creer que el señor García Ribeyro aspire a semejante porvenir para la ciudad que gobierna.

El cronista ve diariamente desde la ventana de su pequeño departamento la obra destructiva que defiende el señor Alcalde. Ese Parque de la Exposición es el jardín del cronista, porque es el jardín de la gente modesta que no puede tener —como el señor Alcalde, los señores concejales y posiblemente los señores "técnicos" a que apela el Municipio— un "chalet" con jardín propio. Los amplios ficus que se hallan cerca de la lagunita vecina al Teatro "La Cabaña", al igual que otros de un poco más allá, han sido mochados de una manera que no puede ser por ningún concepto considerada científica. Con hacha, con sierra, con cordeles, con un ímpetu que parece surgir de cierta íntima animadversión, han sido tumbadas las ramas de la

frondosa copa. Luego, como si ello fuera poco, el resto ha quedado eliminado hasta dejar únicamente el muñón de la planta, expuesto así a la intemperie como la carne viva y palpitante de un ser malherido. Después, nada, ni un cuidado, ni un tratamiento especial, ni un gesto aunque fuere insignificante de amor.

Queda un punto por aclarar. El Municipio dice que la madera que de esta destrucción se consigue se vende en licitación pública. Es propio preguntar: ¿Dónde se lleva a cabo esa licitación? ¿En qué órgano de prensa aparecen las convocatorias? ¿Cuánto se saca por este comercio vegetal? ¿Quiénes han adquirido en los últimos años el producto de cientos de decapitaciones semejantes? Los árboles de la ciudad son de la ciudad. Su dueño es el pueblo, y el pueblo, conforme la memorable fórmula democrática, quiere saber de qué se trata. La comuna debe responder.